LITORALPRESS

Fecha: 10-08-2025
Medio: El Magallanes
Supl. : El Magallanes - En El Sofá
Tipo: Noticia general
Título: Cuando el jurado entregó el Premio Nacional de Literatura al historiador Francisco Antonio Encina

Pág. : 4
Cm2: 699,0

Tiraje: 3.000
Lectoría: 9.000
Favorabilidad: No Definida

Cuando el jurado entregó el Premio Nacional de Literatura al historiador Francisco Antonio Encina

Por
Víctor Hernández
Sociedad de Escritores de Magallanes

Parte II

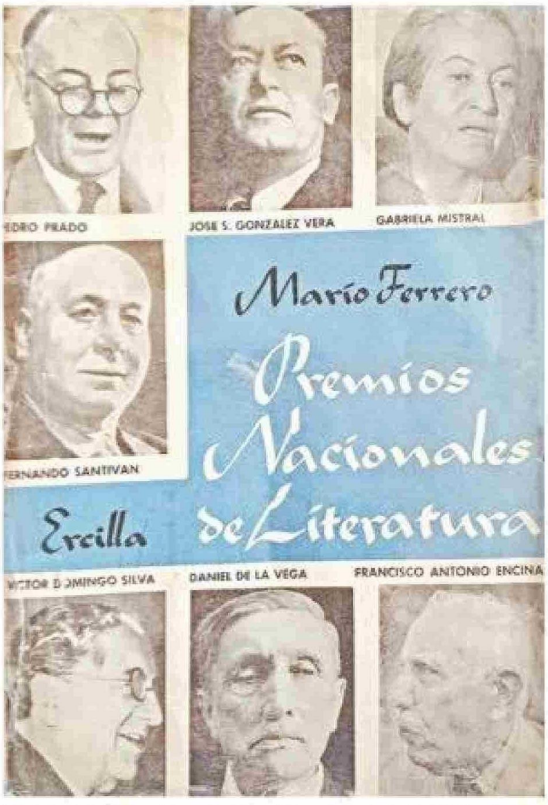
La semana pasada presentamos una serie de conjeturas en torno al origen del Premio Nacional de Literatura. Además de mencionar los nombres de los ganadores, describimos los aspectos legales que determinaron las distintas etapas en la entrega del galardón; sintetizamos, dentro de las disquisiciones planteadas, acerca del por qué el premio se reduce sólo a poetas y narradores; resumimos también, los cuestionamientos que recibieron varios autores al momento de ser distinguidos y dejamos entrever, la sombra que existe hasta nuestros días, por aquellos escritores que fallecieron, sin recibir el máximo galardón de las letras chilenas.

En esta ocasión, nos referiremos a una edición que sacó roncha entre los literatos, porque el jurado de turno favoreció a un escritor de no ficción, admirado por unos, odiado por otros, como era Francisco Antonio Encina Armanet (1874-1965). Empresario agrícola, abogado, historiador y político, el éxito de los veinte tomos de su "Historia de Chile" publicados por la editorial Nascimento entre 1940 y 1952, con más de doscientos mil ejemplares impresos, fue resumida en tres grandes volúmenes, dos años más tarde por su discípulo, el español Leopoldo Castedo en la editorial Zig-Zag, quien suprimió supuestas concepciones racistas del texto original, las críticas hacia los académicos e historiadores del calibre de Diego Barros Arana, y agregó en cambio, abundante iconografía, citas, nuevos apéndices y referencias bibliográficas.

Para realizar la semblanza de este domingo, en lugar de recurrir a los manidos libros de historia o de literatura que hablan a favor o en contra de Encina, y de su designación como Premio Nacional de Literatura, empleamos como apoyo documental, un invaluable tesoro bibliográfico y patrimonial olvidado en nuestra biblioteca: la obra en dos tomos, "Premios Nacionales de Literatura", de Mario Ferrero Mate de Luna, trabajo publicado por la editorial Ercilla entre 1962 y 1965. El primer volumen, que había recibido el premio Gabriela Mistral, recogía semblanzas de los primeros premios nacionales, Augusto D'Halmar, Joaquín Edwards Bello, Mariano Latorre, Pablo Neruda, Eduardo Barrios, Samuel Lillo y Angel Cruchaga Santa María. El segundo volumen, se concentraba en Pedro Prado, José Santos González Vera, Gabriela Mistral, Fernando Santiván, Daniel de la Vega, Víctor Domingo Silva, y el aludido, Francisco Antonio Encina.

Ambos tomos de libros tienen como característica principal, el que cada estudio realizado sobre un autor determinado, es una especie de ensayo histórico y literario de cincuenta o sesenta páginas en promedio, donde Ferrero, además de su propio análisis, contrapone diversas posiciones de reputados críticos y comentaristas literarios a favor o en contra del biografiado, a lo que se agregan notas y una ficha completa del escritor con sus obras publicadas y en algunos casos, reeditadas.

Mario Ferrero (1920-1994) fue un periodista y escritor, autor de varios libros de poesía, textos ensayísticos y monografías literarias. Al momento de la edición de los volúmenes sobre los premios nacionales, era conocido por sus poemarios, "Capitanía de la sangre" (1948), "La noche agónica" (1951), "Las lenguas del Pan" (1955), "La cuarta dimensión" (1958), "Tatuaje marino" (1961), "Séptimo día" (1962), "Sonetos temporales", (1963). Cronista habitual de los diarios La Nación de Santiago y El Sur de Concepción. En 1960 había publicado el texto "La prosa chilena del medio siglo", donde revelaba sus grandes dotes de ensayista. Posteriormente, en el gobierno de Salvador Allende fue director de cultura y publicaciones del Ministerio de Educación. Miembro activo de la Sociedad de Escritores de Chile, conferencista universitario y libretista radial, publicó semblanzas históricas y literarias en los diarios Clarín, Fortín Mapocho, Última Hora y en las revistas Pluma y Pincel y Punto Final.



Portada del tomo segundo de la obra de Mario Ferrero, "Los Premios Nacionales de Literatura", impreso por Editorial Ercilla en 1965, que incluye el estudio sobre Francisco Antonio Encina.

Francisco Antonio Encina, cuando frisaba los 81 años, edad en la que recibió el Premio Nacional de Literatura de 1955.

Algunos libros que editó después de los premios nacionales, fueron, "Pablo de Rokha, guerrillero de la poesía" (1967), "Ministerio del mar" (1973), "Nicomedes Guzmán y la generación del 38" (1983), "César Vallejo, el hombre total" (1992), "Pedro Aguirre Cerda, ejemplo de chilenidad" (1992) y "Memorias de medio siglo" (1994).

En su trabajo sobre Encina, parecen desbordar sus cualidades como ensayista. Sus escritos, lejos de propender a una posición objetiva o neutral, se encuentran sumidos en un discurso subjetivo muy personal, que a la manera hegeliana, busca una síntesis, a partir de la contraposición de opiniones de distinto sello ideológico. En el caso del Premio Nacional de Literatura de 1955, Mario Ferrero contrasta su mirada como intelectual de la izquierda chilena con la visión conservadora y nacionalista de Francisco Encina, lo que enriquece aún más, el estudio propuesto.

Un dictamen sorprendente

El 4 de noviembre de 1955 el jurado compuesto por el rector de la Universidad de Chile, Juan Gómez Millas; el representante del Ministerio de Educación, Pedro Lira Urquieta y el presidente en ejercicio de la Sociedad de Escritores de Chile, Luis Oyarzún, decidieron conceder el Premio Nacional de Literatura al reconocido historiador Francisco Antonio Encina.

De inmediato, de todas partes arreciaron las críticas contra el jurado por la designación. Mucha gente, incluyendo académicos, críticos literarios y escritores, se preguntaba por la naturaleza del estudio histórico. Algunos esgrimían que la historia era una ciencia, otros aseguraban que la investigación o la interpretación de los fenómenos históricos, no obedecían a una creación literaria. El propio Ferrero se cuestiona en su biografía a propósito de Encina: ¿No habría sido más justo inaugurar con su nombre el Premio Nacional a la Investigación Científica, anhelo largo tiempo sentido en las esferas profesionales y universitarias?.

A favor de Encina y por cierto del jurado, estaba el hecho de que para 1955 aún no se creaba el Premio Nacional de Historia, el que se comenzó a otorgar, sólo a contar de 1974. Mario Ferrero, en cambio, es uno de los primeros en sostener la hipótesis de que el jurado, captó el momento histórico que se vivía en aquel entonces, en el sentido que se percibía en el ambiente una superación de la concepción clásica de la función del historiador, como el típico escribidor que maneja numerosas cifras, describe anécdotas, y recolecta fuentes documentales. En esta misma línea de Ferrero se encontraba

LITORALPRESS

Fecha: 10-08-2025
Medio: El Magallanes
Supl. : El Magallanes - En El Sofá
Tipo: Noticia general
Título: **Cuando el jurado entregó el Premio Nacional de Literatura al historiador Francisco Antonio Encina**

Pág. : 5
Cm2: 713,8

Tiraje: 3.000
Lectoría: 9.000
Favorabilidad: No Definida

el profesor e historiador, Hernán Ramírez Necochea, quien por su posición marxista, difería en absoluto de la mirada de Encina, lo que no fue óbice, para que alabara la prosa del nuevo Premio Nacional de Literatura:

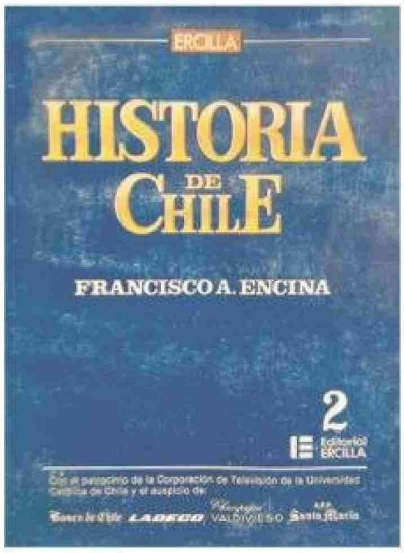
"El aparecimiento de Encina en el campo historiográfico alteró la situación descrita. Siguiendo muy de cerca una huella trazada por Alberto Edwards, Encina procuró situarse en un plano diverso a aquel en que se movieron Barros Arana, Amunátegui, Medina y otros, e intentó -con notable presuntuosidad- hacer jugar en el trabajo historiográfico elementos sociológicos, sicológicos y de otra índole. Más que erudito reconstructor, quiso ser un reflexivo recreador".

El propio Encina había planteado veinte años antes, en su ensayo "El nuevo concepto de la Historia", que el historiador es una suerte de combinación entre el investigador, las hondas reflexiones del filósofo y la potencia creadora del artista.

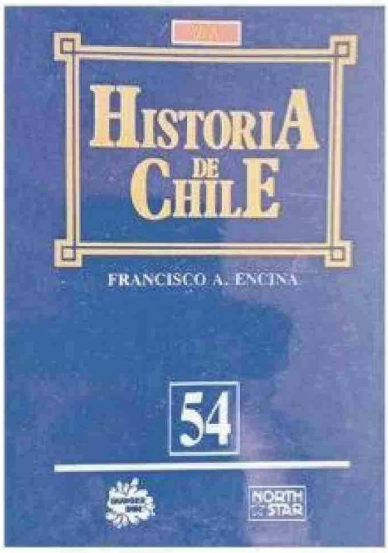
Mario Ferrero interpreta en este último punto, uno de los grandes misterios de la obra completa de Encina. El manejo del lenguaje, muy distinto al de sus antecesores, cargado de expresiones, de símbolos, de imágenes literarias. En la versatilidad de sus ideas, camufladas con temerarias afirmaciones, subyace junto a su audacia conceptual, un estilo sugerente, muy del gusto de artistas y de escritores, pero, resistido por los académicos e historiadores tradicionales, lo que en definitiva, motivó al jurado a concederle el Premio Nacional de Literatura.

Críticos literarios de distinto signo ideológico manifestaron su admiración por el personal estilo del autor. Domingo Arturo Garfias escribió para el diario La Nación, que Encina pasaba sobre los temas más áridos y se recostaba como sonriendo sobre afirmaciones escalofriantes. "No le tiene miedo a nada, y deshace mitos y destruye leyendas, como un niño que jugara con papeles viejos. Gusta a las gentes, porque al igual que un artista eximio, les depara la ilusión de que el oficio es muy fácil y todos pueden ser historiadores".

Hernán Díaz Arrieta (Alone) dijo en El Mercurio que antes de Encina existían todo tipo de historiadores, pero ninguno con su potencia mental y su amor por la filosofía. "El infinito constituía su problema. Luego, su capacidad de cultura, su variedad de puntos de vista, su independencia ideológica, han conferido a su empresa un aire nunca visto y renuevan el asunto histórico. Encina le inyectó animación, audacia; lo traspasó de sociología, psicología y ciencias. Por último, le impuso un estilo".



La "Historia de Chile" obra fundamental de Encina editada inicialmente en 20 tomos por la Editorial Nascimento fue reimpresa varias veces en los años siguientes como en 1983 cuando la revista Ercilla sacó la obra a circulación, en 37 volúmenes.



La Revista Vea hizo su propia reimpresión en 54 volúmenes de la obra de la Historia de Chile de Encina.

Personalidad de Encina

Nacido y criada en una familia de hacendados de la Séptima Región, su inclinación para los estudios y la lectura comenzó en la niñez. A diferencia de los chicos estudiosos de su generación, Francisco Antonio Encina leía con avidez textos de Herodoto, Homero, Plinio, Plutarco, Mommsen, Michelet, Darwin, Platón, Shakespeare, Racine, Pascal. A los dieciséis años terminó la educación secundaria para continuar la carrera de Derecho en la Universidad de Chile. Se recibió de abogado en 1896 después de rendir un brillante examen de licenciatura.

Nunca se preocupó en demasía por sus estudios universitarios; más bien, estaba interesado en asimilar las nuevas obras sociológicas de Comte, Spencer, Ward, James y Le Bon. Las novedosas ideas psicológicas le atrajeron a tal punto, que con motivo de la reimpresión de una de sus primeras obras, en 1962, incluyó un estudio preliminar en donde justificó su decisión de juventud de la siguiente manera: "La psicología me interesó tan vivamente, que de este período data la mayor parte de lo que en este terreno he pensado en el resto de mis días: la conciencia de la evolución mental del hombre desde la animalidad primitiva hasta la altura que alcanza hoy y sus repercusiones sobre el conocimiento; la deformación de la psiquis por el ejercicio prolongado de una misma actividad; la venda que el hábito de la abstracción interpone entre el pensamiento y la realidad que enfoca, etc.".

En estricto rigor, la obra de Encina puede clasificarse en dos partes o etapas. La primera de ellas, -que pese a su brevedad no deja ser en absoluto interesante-, se circunscribe al período 1910-1920, cuando mostraba una gran preocupación por el análisis y las proyecciones de las cuestiones económicas y su incidencia en el crecimiento del país. Inmerso en el grupo de autores o "Generación del centenario", junto a Alberto Edwards Vives, Nicolás Palacios, Tancredo Pinochet, que emergieron como voces disidentes de la cultura chilena, Encina es particularmente crítico, con la manera en que después de un siglo, se consolidó la vida de la República.

Ya en sus primeras dos obras, "Nuestra inferioridad económica; sus causas, sus consecuencias" y "La Educación Económica y el Liceo", publicadas en 1912, deja entrever una suerte de indisimulada preferencia por el periodo colonial español y el influjo de la composición social y étnica de lo que llamaba "aristocracia castellano-vasca". Estos primeros libros coincidieron con su paso por el Congreso entre 1906 y 1912 como diputado por las agrupaciones de Linares, Parral y Loncomilla en representación del Partido Nacional, colectividad política nacida de las discrepancias con el Partido Conservador, a instancias del Presidente Manuel Montt y de su ministro del Interior, Antonio Varas, razón por la cual, se le conoció como Partido Monttvarista.

La segunda época en la producción de Encina, conocida por sus escritos históricos, empieza en 1934 con la publicación del estudio en dos volúmenes, "Portales. Introducción a la historia de la época de Diego Portales (1830-1861)", los ensayos, "La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia" y "El nuevo concepto de la historia", ambos de 1935; además de "Breve bosquejo de la literatura histórica chilena", de 1940. Después de que la editorial Nascimento publicara uno a uno, en un lapso de doce años, los veinte tomos de su "Historia de Chile", consagró su trabajo investigativo con "La Presidencia de Balmaceda", obra en dos tomos aparecida en 1952; "La entrevista de Guayaquil. Fin del protectorado y defunción del Ejército Libertador de Chile" en 1953; "La cuestión de límites entre Chile y Argentina desde la Independencia hasta el tratado de 1881" en 1959; "Relaciones entre Chile y Bolivia (1841-1963)" de 1963; y por último, su monumental obra en ocho volúmenes titulada, "Bolívar y la Independencia de la América Española", textos editados entre 1957 y 1965.

Según Mario Ferrero, el ganador del Premio Nacional de 1955 hablaba siete idiomas. Antes había obtenido varias distinciones. Fue miembro honorario del consejo de la Pontificia Universidad Católica de Chile. En 1957 la Academia Chilena de la Historia lo premió con una medalla de oro por sus trabajos de interpretación de la historia chilena y americana. El gobierno de España le otorgó la Cruz de don Alfonso el Sabio por haber enfocado con perfecta objetividad la conquista y administración españolas en Chile, mientras que su obra "La entrevista de Guayaquil", le significó una condecoración con la Orden al Mérito por el gobierno de Ecuador.

Luis Durand, uno de los escritores más representativos del movimiento criollista en Chile, hizo un certero retrato psicológico del Premio Nacional de 1955: "Don Francisco es un hombre de prodigiosa vitalidad. Puede conversar horas enteras sin cansarse nunca, y su charla es en extremo interesante. Es admirable su memoria, pues al mismo tiempo que explica el asunto en general, va dando detalles de cómo ocurrieron las cosas, con fechas y datos a veces estupendamente novedosos". En cuanto a sus libros históricos comentaba que ciertas páginas de Encina, en qué relataba batallas o acontecimientos trascendentales, ni el mejor novelista lo habría escrito mejor.

En esta misma línea de análisis, se ubicaban otros comentaristas literarios como Hugo Montes, Julio Orlandi, y el historiador Julio César Jobet, uno de sus más ácidos críticos, quien aseguraba que detrás de su novedosa modalidad expresiva se ocultaban las ideas racistas de filósofos como Jean Gobineau (1816-1882) sobre todo cuando se refería al «impulso creador y espiritual del imperio español en América». Pese a la dura afirmación anterior, el profesor Hernán Ramírez Necochea reconocía que:

"Encina tiene el mérito de haber hecho pensar a la gente, de haber estimulado una corriente renovadora en los materiales de la historia. Ha logrado algo que otros historiadores no habían obtenido: reconstruir una atmósfera con ciertos elementos imponderables, de tipo psicológico y sociológico, que sus predecesores habían despreciado".

Luego del fallecimiento de Francisco Antonio Encina, el 23 de agosto de 1965, el Presidente Eduardo Frei Montalva decretó duelo nacional de tres días, con izamiento a media asta del pabellón patrio en reparticiones públicas, oficinas fiscales y en unidades de Fuerzas Armadas y Carabineros.